***D***olor. Su cuerpo es un envase vacío de vida; repleto de dolor. Dolor por ella, dolor por ellos, dolor por todos. Los contempla sin poder alcanzarlos desde la bruma de un sueño inducido.

- ¿Están ahí?, ¿por qué no me escuchan?

Más dolor. Los ve sufrir y sufre con ellos, junto a ellos, por ellos. Vaga en el inframundo, solo el dolor la acompaña.

- ¿He muerto? No, aún no.

Se retuerce en la cama intentando escapar de esa pesadilla. Entonces, una nueva oleada de narcóticos invade sus venas, la recorre halándola hacia abajo, la obliga a descender a otro nivel del sueño, uno más profundo, más siniestro.

Ahora está completamente sola, hasta su compañero en ese viaje inconsciente, el dolor, la ha abandonado. Su cuerpo no le pertenece. Se disuelve, no pesa, se deshace. Sus músculos, cuidadosamente esculpidos con el cincel del ejercicio, han desaparecido. Un enemigo oculto se los robó, al igual que su vida, sus sueños, su felicidad. Su cuerpo es solo un cascarón vacío, piel sobre el esqueleto. La energía vital que la impulsaba a competir se ha ido. Ya no es ella misma. No puede andar, mucho menos correr; no tiene fuerzas.

Por fin el amanecer; hay luz, hay esperanza. Cincuenta días, cinco años. Emerge victoriosa del valle de la muerte. Desde la cumbre de la felicidad contempla su obra. Ha derrotado a su enemigo. Recuperó su cuerpo, su vida, su salud. Olvida, olvida, se empeña. Lo logra.

Un eco resurge del pasado, una risa burlona, una voz como la de un demonio que regresa a retarla le habla al oído.

-He regresado –le dice el dolor.

-Te derrotaré nuevamente –responde entre lágrimas.

-Los tomaré a ellos también; serán mis rehenes. Los verás sufrir junto contigo.

Luego los ve, a ellos, a todos. Semblantes de sufrimiento, de un dolor que les lacera el alma. Puede luchar contra el dolor de su cuerpo, pero no contra el sufrimiento de ellos. Son rehenes demasiado preciosos.

Accede a pagar el rescate por su liberación: su vida.

24.

Diana caminaba por la playa envuelta en un chal. A pesar de que el sol estaba alto en el horizonte, aún hacía frío. El cabello corto le dejaba la nuca expuesta y la brisa, al rozarla, le producía escalofríos. Guio sus pasos hasta su atalaya despacio. Atrás habían quedado los días de caminatas a paso rápido para estirar los músculos, los trotes y las carreras veloces en la arena. Con esfuerzo trepó la formación rocosa y se sentó, agotada por el esfuerzo. Dejó que los rayos del sol le entibiaran la piel. No había ni una sola nube en el horizonte. El cielo lucía un azul espléndido y el mar acariciaba plácidamente la arena de la costa.

Sacó del bolsillo de su pantalón la copia de la carta que le había firmado a la doctora Méndez. Esta empezaba a dar muestras de las repetidas consultas que había sufrido; las esquinas de la hoja se enrollaban en un bucle y manchas aquí y allá, que no le restaban ni un ápice a la dureza de su contenido. Cuando la recibió de Mari tuvo en ella el mismo efecto de una bofetada, pero al pasar el último encuentro con la doctora por el tamiz de la calma, se dio cuenta de que Mari ocultaba muchas cosas. La conocía y sabía que si de ella dependiera no le habría propuesto la eutanasia. Desde que le diagnosticó la metástasis, le había planteado el tratamiento específico para sus nuevos tumores. Le habló de quimioterapia, de cirugía, de vencer la enfermedad, con el entusiasmo que la caracterizaba, y con el que la había visto luchar por salvarle la vida durante los cinco años previos y sabía que no era una persona que se rindiera antes de agotar toda posibilidad de vencer al cáncer. Aunque no había hablado con ella desde el último encuentro en el consultorio, estaba segura de que su amiga se había visto obligada a suspender el tratamiento. Lo supo al ver su forma de actuar, cómo le costaba encontrar las palabras, cómo desviaba la mirada mientras le hablaba. No era la misma persona, la luchadora tenaz y entusiasta que le daba ánimos y le contagiaba el deseo de ganarle la partida a la muerte. Se compadeció de ella y rezó para que tuviera la entereza de afrontar esta limitante que el hospital imponía al ejercicio de su profesión.

Releyó la carta y repasó su vida. Había tenido la gran fortuna de vivir según sus cánones. Siguió sus pasiones y logró sus medallas, y aunque no lo había hecho sin esfuerzo, su amor por el deporte y la satisfacción del éxito obtenido reconfortaron su sacrificio. Se había casado con su hombre ideal, su otra mitad, con quien había sido feliz y, para coronar esa dicha, había sido bendecida con dos hijos formidables. Su único tropiezo había sido el cáncer. <<Mi vida era demasiado perfecta, debe ser por eso que me enfermé, la providencia se equivocó conmigo, vio que me había dado demasiado y enmendó su error mandándome el cáncer>>, pensó, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

La enfermedad se había cebado en ella de forma cruel. Su operación había sido un éxito, pero luego surgieron complicaciones que la obligaron a permanecer en el hospital cincuenta días, durante los cuales veía a su familia ir y venir a ráfagas, entre sueños y breves momentos de lucidez. Perdió tanto peso que tuvo que usar ropa de niña y no se podía levantar de la cama sin ayuda. Cuando finalmente le dieron el alta y regresó a su casa aún estaba débil y no podía hacer las cosas más simples, como arreglar la cama, preparar la comida o pasear por la playa. Ni siquiera podía bañarse sola. Dependía de ayuda en todo momento, algo frustrante para ella, que ajaba su cuerpo y su espíritu, su condición de ser humano activo y que a menudo la hacía desear que su vida terminara de una vez.

Su recuperación fue un proceso lento y extenuante tanto para ella como para su familia. Los puso a prueba, y cuando finalmente recuperó la salud eran diferentes, más fuertes, estaban mejor preparados para enfrentar situaciones difíciles y más unidos que nunca. Luego vivió cinco años de dicha, de una felicidad desbordante y con una gratitud inmensa que le brotaba del alma cada mañana al despertar, al ver que estaba viva, en su casa, con su familia y que se sentía bien. Aprendió a apreciar la vida hasta en sus más pequeñas parcelas, como el florecer de las plantas en el jardín, una panqueca perfecta para el desayuno, la risa de sus hijos o caminar descalza por la playa tomada de la mano de su esposo.

Ahora su vida se encaminaba de forma inexorable hacia el mismo sufrimiento. Su salud se deterioraría hasta postrarla en una cama nuevamente, donde viviría la degradación de su cuerpo, donde su dignidad como ser humano se iría extinguiendo poco a poco, su llama se iría apagando en medio del dolor de su familia y del suyo propio.

-Quizás esta es la solución a mis problemas, la llave que abrirá una puerta hacia el descanso –comentó en voz alta, mientras blandía la carta en alto. Elevó la vista al cielo, como buscando una respuesta, pero solo encontró el azul límpido e infinito, que se unía en el horizonte al mar de incontables matices de azules, grises y plateados. Quiso prorrogar ese instante perfecto, seguir escuchando las aves, disfrutar de momentos así con su familia, pero aceptó que eso ya no sería posible, y que cuando ingresara al hospital perdería para siempre las sensaciones de días como aquel. Su vida quedaría entonces nuevamente reducida a escombros.

-Si lo hago moriré, como se supone que lo haré algún día, pero si no lo hago mi destino es esencialmente el mismo, morir y causar dolor a los míos.